

Newton Compton Editores

Título de la obra original: *The Serial Killer's Wife*

© 2021, HarperCollinsPublishers

© 2023, de la traducción por Guillem Gómez Sesé

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19521-53-8

Código IBIC: FA

DL: B 1.298-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Grafime Digital S. L.

Impreso en abril de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Alice Hunter

La mujer del serial killer

Traducción de Guillem Gómez



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

*Para Katie Loughnane,
editora y amiga inspiradora: gracias.*

Capítulo 1

Beth

Ahora

Me siento medio aliviada, medio molesta cuando escucho las llamadas insistentes en la entrada. Poppy se acaba de acostar después de leer por tercera vez *The Wonky Donkey*. Le he prometido una y otra vez que papá seguro que vendrá a casa para darle su beso de buenas noches. Son las ocho pasadas, hace dos horas que debería haberse acostado.

–Papá está aquí –dice, reabriendo emocionada los ojos de color aguamarina, desvaneciéndose su sueño.

–Y ni se le ha pasado por la cabeza abrir con llave. –Suspiro, mientras me levanto de su cama de princesa Disney–. Vuelve a cerrar los ojos, Poppy, peque, y te lo mando aquí arriba en un segundo.

Deslizo el índice por su nariz de botón, desde el caballete hasta la punta.

Bajo corriendo las escaleras y me agacho inconscientemente bajo la viga de roble, dispuesta a abrir la puerta de un tirón y gritarle a Tom por su tardanza y su falta de consideración, pero a la vez quiero estrecharlo entre mis brazos: nunca llega tarde del trabajo y me he estado obsesionando con que algo malo debe de haberle sucedido.

Me he intentado convencer de que su tren venía con retraso, o de que se ha quedado atrapado en medio del tráfico volviendo de la estación de Banbury –tener que desplazarse de Lower Tew al centro de Londres y volver cada día no es precisamente un trayecto breve–, pero si ese fuera el caso, me habría llamado para decirme que iba a llegar tarde. Él no le fallaría a Poppy: le encanta oír sus grititos de deleite cuando él imita voces tontas. Es algo que yo

no he logrado perfeccionar, está claro, visto el número de veces que me ha hecho «volver a intentarlo» para que me salga bien.

Abro la maciza puerta de madera y respiro para tranquilizarme. No hace falta que me enfade con él. Llega tarde, eso es todo. No importa si ha despertado a Poppy; estará contento de ponerla a dormir mientras recaliento su cena. «No le grites».

No es Tom.

–Ah... Ejem... Disculpen, creí que sería... –Mi frase se va apagando. El corazón me da un vuelco en el pecho.

–Buenas noches. La señora Hardcastle, ¿verdad? –dice uno de los dos hombres. Ocupan hombro con hombro el marco de mi puerta, dificultando que vea nada más afuera. No veo el vehículo en el que han llegado, pero a juzgar por su aspecto elegante, de traje, y que conocen mi nombre, por instinto sé que son policías.

–S... sí –tartamudeo.

Las extremidades me tiemblan. Tenía razón. Tom ha tenido un accidente.

Me agarro al borde de la puerta mientras cierro los ojos. Esperando lo inevitable, la respiración me llega apresurada y poco honda.

–Tenemos que hablar con el señor Thomas Hardcastle, por favor.

El hombre, que tiene aspecto de estar sobre los cincuenta y pocos, con pelo canoso en las sienes y calvicie incipiente en el casco, abre una cartera de cuero y me muestra una placa.

–Soy el inspector Manning, de la Policía Metropolitana, y este es mi compañero de la del Valle del Támesis, el agente Walters.

Sus palabras me sobrevuelan la cabeza mientras me lleno de alivio. Si quieren hablar con él, no están aquí para decirme que ha muerto.

–No está. Llega tarde del trabajo. Pensé que era él quien llamaba a la puerta, de hecho –digo, controlando ahora más mi voz–. ¿De qué se trata?

Frunzo el ceño al darme cuenta de repente de que el inspector Manning está invadiendo el umbral de mi casa. El otro detective, cuyo nombre ya no recuerdo, ha retrocedido y se pasea por el jardín de la entrada.

Manning no responde.

–¿Puedo ayudarlos? –Mi irritación va en aumento. ¿Qué querrán?

–Entraremos y esperaremos –dice. Se vuelve al agente, que ahora se encuentra a su lado–. Walters: comprueba la parte trasera primero –le dice con voz brusca. Retengo su nombre en la memoria esta vez.

No parece que vaya a ser yo quien decida si pueden esperar aquí, a pesar de mi recelo sobre dejar entrar a dos hombres en casa a estas horas, cuando estoy sola. Como si advirtiera mi incomodidad, el inspector Manning me pregunta si quiero llamar a comisaría para que me confirmen que son policías. Empiezo a reír nerviosa, les digo que está bien y abro la puerta del todo.

Escucho a Poppy, que llama desde su cuarto en el piso de arriba, y le grito:

–¡Vengo en un minuto, mi amor! Pasen. –Les indico la cocina y sigo al inspector Manning al entrar. Da zancadas largas, decididas. Reviso el móvil. No hay llamadas perdidas. No hay mensajes de Tom.

«¿Dónde demonios estás?».

Me meto el teléfono en el bolsillo del pantalón.

–¿Puedo ofrecerles una taza de café o té?

–Sí, gracias. Té. Negro, sin azúcar.

Mi mente da demasiadas vueltas mientras pongo la tetera a hervir y descuelgo dos tazas de sus ganchos en la alacena.

–No me ha contestado. ¿De qué va todo esto? –Trato de no levantar la voz: un tono de curiosidad, no de exigencia.

–Tan solo un par de preguntas, por el momento –dice, sentado pesadamente a la gran mesa rústica de roble.

Fue una de las cosas que más disfruté comprando al instalarnos aquí, ahora hace dos años. Quise que fuera un cambio en todos los sentidos, de modo que pasamos del mobiliario moderno londinense a una estética de casita campestre en los montes Cotswolds.

Se me acelera el pulso con las palabras que elige el inspector Manning: «Por el momento».

–¿Ah? ¿Preguntas acerca de...?

Antes de que me responda, se oye un traqueteo en la puerta

trasera que conduce a la cocina. Ahí está el agente Walters. Evidentemente ha estado echando un vistazo al entorno de la casita.

¿Green que Tom está escondido? ¿Que soy yo quien lo escondo? Algo parecido al pánico va tomando cuerpo en mi interior al tiempo que la imaginación se me desborda. Trago saliva con fuerza, intentando contenerla.

Dejo entrar a Walters y le pregunto si quiere tomar algo. No habla, tan solo sacude la cabeza. Un mechón castaño arenoso le cae sobre la frente con el movimiento, y se lo peina de nuevo a un lado con el índice. Si lo que quieren es que esté tensa, lo están logrando de maravilla.

—Dice que su marido llega tarde del trabajo. ¿Tiene alguna idea de dónde está?

—Va y viene de Londres de lunes a viernes. Trabaja en la banca... para el Moore & Wells. —No se me ocurre qué más decir, de modo que dejo de hablar.

—¿Ha intentado llamarlo?

—Lo hice hace un rato, antes de acostar a mi hija. Pero desde entonces, no.

—¿Podría volver a intentarlo, por favor?

Me tiemblan las yemas de los dedos al tratar de pulsar el nombre de Tom en la pantalla de «números recientes». Por accidente pulso el de Lucy y tengo que cancelar la llamada rápidamente. Al segundo intento, le doy al contacto correcto. Da señal dos veces, y luego salta el contestador de voz. Joder, debe de haber desviado las llamadas. Estoy a punto de intentarlo de nuevo cuando se oye la puerta de entrada.

Es Tom. Gracias a Dios. Por fin podremos quitarnos de encima lo que sea esta situación.

—¡Tom! ¿Dónde has estado? —Me apresuro a recibirlo, llevándolo hacia mí de un tirón, notando en él un olor algo agrio. No lleva puesta su chaqueta de traje; debe de habérsela dejado en el coche. Le susurro al oído—. Aquí hay una especie de policías, y quieren hablar contigo.

Me aparto a tiempo de ver cómo pierde el color. Sus ojos azul pavo real destellan. Con algo que me parece miedo.

La ansiedad me roe el estómago.

—¿Señor Thomas Hardcastle? —El inspector Manning está de pie cuando entramos en la cocina, con la placa extendida mientras se acerca a Tom—. Soy el inspector Manning, de la Policía Metropolitana.

Veo cómo se le sacude la nuez a Tom al tragar saliva.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle? —dice Tom, mirando hacia mí antes de volver su atención sobre el policía. ¿Puede ser que le tiemble la voz?

—Creemos que puede sernos de ayuda en la investigación de un asesinato.

Capítulo 2

Beth

Antes

La cafetera Nespresso zumba con estruendo mientras corro de un lado a otro de la cocina, tratando de realizar tres tareas a la vez. No solamente porque es lunes; cada mañana entre semana empieza así. Frenética, ruidosa, a la carrera... y desde primera hora. Poppy ya estaba despierta a las cinco, y durante diez minutos la escucho entretenerse con cualquier cosa en su cuarto, hablándole a sus peluches más preciados –un león, un tigre y un perezoso que Tom le compró– antes de venir conmigo, sin rastro de sopor en sus hermosos ojos.

A diferencia de los míos. Parece que nunca duermo más de cuatro horas, lo que significa que tengo siempre los ojos soñolientos.

Tom ya se había levantado, duchado y puesto uno de sus muchos trajes –gris oscuro, el color que elige para la mayoría de sus prendas–, y estaba sentado ante la mesa rústica de la cocina, con la nariz metida en el iPad, esperando el café y que yo le preparara un desayuno rápido. Es la rutina habitual por las mañanas antes de salir e ir en coche veinte minutos hasta la estación de Banbury, donde se sube al tren de las 7:04 a Marylebone. No tiene ni idea de cómo es mi rutina a partir de entonces, pero a menudo le digo, plantándole un beso en la cabeza mientras sorbe tranquilamente su café y come huevos revueltos, que es un caos.

Y siempre sonrío, me mira a los ojos, guiña y me dice:

–Pero si fuera de otra forma no te iba a gustar.

Tiene razón, por supuesto. Llevamos una vida estupenda. Ambos nos dedicamos a hacer lo que nos gusta: él, administrador de carteras financieras, y yo por fin soy mi propia jefa, a cargo de

un *ceramics café*, una cafetería donde hacemos cerámica. Y luego, volvemos a casa para encontrarnos el uno al otro y a nuestra pequeña Poppy. Somos la envidia de nuestros vecinos y amigos. Bueno... Supongo que tengo uno o dos amigos, de todos modos. Tom pocas veces tiene la iniciativa de salir, y en realidad apenas ha hecho vida en el pueblo desde que nos mudamos. Es lo que le produce a uno haber vivido en Londres demasiado tiempo: ha descendido varias categorías en el arte de hacer amigos. Cuando lo conocí, hace siete años, era siempre el alma de la fiesta: irradiaba encanto, ingenio e inteligencia. Pero el ambiente de Londres no requiere el esfuerzo que hay que llevar a cabo aquí, en un pueblo pequeño. Tengo que intentar organizar alguna cena con invitados, motivarlo un poco. También me iría bien a mí: trabajo tantísimo en la cafetería que me he vuelto un desastre para salir y dar la cara ante los demás. Pero espero que esto cambie con mi nuevo grupo de lectura.

Cuando Tom se acaba los huevos, e introduce su plato y su taza en el lavavajillas, besa primero a Poppy y luego viene conmigo, envolviendo mi cintura entre sus brazos, arrastrándome muy cerca de él mientras posa sus labios sobre los míos. Sus deliciosos labios, suaves y carnosos. Con lo atropelladas que son nuestras mañanas, saboreo el momento. Me embriago de él. Me agarra el trasero y lo estruja con fuerza, excitándome al instante.

—Ahora mismo te lo haría contra la encimera. —Me respira con fuerza en la nuca, añadiendo a la mezcla nuevos besos sensuales.

—Podrías. Pero me parece que nuestra hija tendría algo que añadir —susurro, jadeante.

Poppy está demasiado absorta trasladando los ingredientes de su desayuno de una parte del plato de plástico a otra —mezclando soldaditos de tostada con rodajas de plátano, y luego apilando encima las fresas partidas en dos— como para darse cuenta de lo que estamos haciendo. Pero él se aparta de todos modos, y respira bien hondo.

—Dios... Mire cómo me pone, señora Hardcastle... —Se ríe de su broma de siempre, haciendo que aparezcan arrugas en la comisura de sus ojos penetrantes—. Le gusta mandarme a trabajar en este

estado –me dice, guiando mi mano a apretarle la entrepierna–. Debería acabar lo que ha empezado. ¿Qué se supone que voy a hacer con esto?

Me río.

–¡Venga, compórtate! Seguro que te las apañas. –Voy a apartar la mano, pero la deja ahí apretada un rato más.

–Vale. Bueno, está claro que me toca hacerlo. Me voy, entonces. Tal vez podamos retomarlo cuando vuelva a casa.

Y se va, dejándome todavía algo jadeante, con la espalda pegada a la encimera. Poppy aprovecha para agarrar el iPad de Tom, que ha olvidado en medio de la mesa.

–¿Vemos *CBeebies*? –dice, extendiendo los brazos.

–Oh... Espera. –Cojo una toallita húmeda y se la paso un poquito por las manos–. No creo que papá quiera marcas pegajosas en la pantalla.

En realidad, a papá no le gustaría nada que lo utilizara. Es muy celoso de su iPad, pero va muy bien para tener a Poppy entretenida, y yo también lo uso de vez en cuando cuando él no está. Se lo devuelvo para que vea los dibujos mientras me preparo.

Al cabo de poco más de una hora, Poppy ya está vestida, ha llenado su mochila de *El Jardín de los Sueños* y espera paciente ante la puerta a que termine de juntar mis cosas. Se contonea de un lado a otro, canturreando algo que no reconozco. Pobrecita. No es que le encante ir a la guardería, pero se calma una vez está allí. No se ha hecho muy amiga de ningún otro niño. Al menos, no ha mencionado el nombre de ninguno. Creo que en eso se parece a mí a esa edad: tarda en confiar en los demás. Tal vez en mi caso siga siendo así. Cojo las llaves y la pila de carteles de la mesa del recibidor.

–Ah, espera un momento. ¿Dónde has puesto el iPad de papá, corazón?

Miro por todo el recibidor y luego echo un vistazo rápido en la cocina, pero no lo veo.

–Eh... lo puse en... eh. –Poppy se encoge de hombros.

–Tranquila, ya lo encontraré más tarde. –Ahora no me da tiempo a buscar–. Venga, venga, pequeña Poppy, ¡vámonos!

Al salir, la cojo de la mano.

–Son muy bonitas, mamá, ¿verdad que sí? –me dice, señalando las flores del jardín con la mano que tiene libre.

No tengo muy claro qué flores son, pero tiene razón, son muy hermosas: de un lila, azul y rosa muy bonitos. Unas flores blancas trepadoras adornan la puerta, y producen un efecto alegre y acogedor. Eso fue lo que nos atrajo de esta casita de campo cuando decidimos mudarnos a Lower Tew desde Londres. Seducción inmobiliaria al instante. Con su tejado de paja de postal y unos ladrillos rojos tan llamativos, nos enamoramos tan rápido de ella como nos habíamos enamorado nosotros dos.

Eché el ojo a Tom por vez primera en el bar Sager + Wilde de Bethnal Green, la noche en que celebraba mis 25 años. Sentí una chispa de energía al verlo pasar entre la gente en la terraza, y se sentó a mi mesa. Otra chispa ante su confianza al ignorar a mis amigos y hablarme solo a mí, cogiéndome de la mano y besándola. Hubo una chispa, también, cuando vi esta casita. Así tenía que ser.

Creo en las chispas.

–Sí, son bonitas, Poppy –le digo, devolviendo mi atención al presente–. Tendré que descubrir qué son.

«Solo han pasado dos años», me digo a mí misma. Dos años, casi exactamente, desde que nos mudamos, y poco menos desde que abrí el *ceramics café*... Un sueño que nunca habría creído posible mientras trabajaba como consultora de recursos humanos en el corazón de Londres. Me cuesta creer que se haya puesto todo de nuestra parte para que llevemos esta vida. Es casi perfecto.

Pero siempre hay algo más, ¿no es cierto? Algo más por lo que esforzarse. La perfección es un estado que te lleva siempre un paso de ventaja por delante. Una plenitud que en realidad no se puede alcanzar. La perfección raramente se alcanza.

–Buenas, Lucy –grito mientras entro en El Local de Poppy media hora más tarde. Mi idea era llamarlo «El Local de Loza de Poppy», pero Tom me dijo que con tanta aliteración sería una sobredosis.

Oigo un «buenas» sofocado a lo lejos, desde la trastienda. Lucy debe de estar sacando del horno los objetos vitrificados, fríos desde ayer.

Después de dejar mis cosas en la sala de descanso, cojo uno de los carteles que preparé en casa y lo engancho en el tablón de anuncios. Me ilusiona empezar aquí de nuevo el grupo de lectura, pero los nervios se me notan. No tengo claro cómo va a resultar; no me gustaría que la gente creyera que quiero usurpar el lugar de Camilla. Me estremezco. Ya hace casi un año, en cualquier caso... He dejado pasar un tiempo prudencial después de su fallecimiento, ¿no? Era una persona muy querida en este pueblo, especialmente entre las otras madres. Puede que haya alguien que no vea con buenos ojos que me ocupe de algo que ella empezó. Las secuelas de su muerte repentina todavía se dejan notar: entre la comunidad, las repercusiones continúan, ya que dejó sin madre a una niña de dos años. La pequeña Jess ya casi ha cumplido tres, lo mismo que mi Poppy –ni siquiera se me pasa por la cabeza dejarla, me rompe el corazón–. El marido de Camilla, Adam, debe de haber sufrido un dolor inimaginable. Todavía ahora, seguramente.

Sacudo la cabeza; no quiero obcecarme con su tragedia.

–¿Ya estamos? –La voz de Lucy me sobresalta.

Me doy la vuelta para verla, con el delantal, dispuesta a abrir puertas. Lleva sus tirabuzones largos de color caoba recogidos en un moño, con un pañuelo azul floreado que le arregla el resto del cabello. Solo tiene 23 años, pero está muy segura de sí misma, es trabajadora y se puede confiar en ella. Y a los niños (como a los adultos) les encanta su actitud alegre y vivaz, y cómo canta mientras ellos van pintando. Principalmente son canciones de películas de Disney, pero de vez en cuando entona alguna canción para los adultos. Fue la persona idónea cuando la cafetería empezó a funcionar y tuve que contratar a alguien. Ella prepara el local y comprueba que todas las máquinas estén en marcha, y que las pastas y pasteles se hayan dispuesto en el mostrador mientras llevo a Poppy a la guardería. Más tarde, defiende la fortaleza cuando salgo a recogerla. Incluso abre los sábados de nueve hasta el mediodía, y sirve bebidas calientes y aperitivos. Los fines de semana yo los reservo a pasar tiempo con la familia; he sido inflexible en eso desde el principio. Lucy básicamente hace todo el trabajo duro, algo que me recuerda

en broma cada día. Luego le digo que se lleva un buen sueldo, reímos y seguimos.

–Sin duda ya estamos manos a la obra. Pongámonos en marcha –digo, frotándome las manos.

Cómo iba a saber que hoy terminaría de un modo tan grave.

Capítulo 3

Beth

Ahora

Me tiemblan las manos mientras me sirvo una copa de pinot grigio. El inspector Manning y el agente Walters se han llevado a Tom a la comisaría de Banbury.

—¿Va a necesitar un abogado? —pregunté, precavida, mientras se lo llevaban.

Manning usó la misma frase de nuevo, que serían «tan solo un par de preguntas por el momento», antes de agradecerme el té y darme la espalda. Era surreal: mi mente iba rezagada. Observé impotente cómo se iba Tom, apenas un instante después de que hubiera vuelto a casa. No tuve ocasión de hablar con él, de preguntarle cómo le había ido el día, de preguntarle por qué venía tan tarde. Llevo su expresión desconcertada impresa en el cerebro.

Pero ¿no era algo más que desconcierto lo que leí fugazmente en su rostro?

Aparté de mí aquella idea.

Ay, Dios. Poppy.

Pobre bichito. Cuando llegaron los agentes, le dije que estaría en un minuto, y ya hace más de media hora de aquello. Abandonando la copa sobre la encimera, corro al piso de arriba para ver cómo está. Por la rendija que deja la puerta entornada puedo verla, profundamente dormida, con las manos sobre el pecho. Se me derrite el corazón. Qué inocente. «Lo más cercano a la perfección que hemos logrado —pienso, cerrando con cuidado la puerta—. Mi bella durmiente».

No la voy a abandonar como hicieron conmigo de niña. Todavía me persiguen los recuerdos de mi padre, que no me quiso lo bas-

tante como para quedarse. Mi madre se sumió en la depresión, y luego en el alcoholismo, dejándome al cuidado de mi abuela, prácticamente. Lo hizo lo mejor que pudo, pero el daño ya estaba hecho. Todavía afecta muchas de mis decisiones.

Poppy no va a pasar por una mala infancia; me niego a que le suceda algo así. Debe tener un hogar seguro y feliz, con padres que la quieran y que nunca la defrauden.

Apuro la copa y luego abro la nevera, cojo la botella de vino y la vuelvo a llenar. Mientras tomo otro trago, una imagen de mi madre me cruza la mente.

«No seas como ella».

Vierdo el líquido que queda por el fregadero y meto la copa en el lavavajillas. Tengo que mantenerme lúcida. Solo ha pasado media hora desde que se llevaron a Tom; seguramente apenas acaban de llegar a comisaría. Puede que tarde horas. Debería intentar tranquilizarme frente a la tele, o quizás irme a la cama. Aunque prácticamente tengo la certeza que será en vano. No puedo acallar el tumulto de los pensamientos que me rondan la cabeza ahora mismo, y mucho menos si me tumbo en una habitación silenciosa.

«Una investigación sobre asesinato», dijo Manning.

¿El asesinato de quién? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

¿Y que les hace creer que mi Tom sabrá algo acerca de todo eso?

Capítulo 4

Tom

Ahora

Llamo a mi abogado, Maxwell Fielding, de camino en coche a la comisaría de Banbury. No creo que exista algo parecido a una «charla informal» en lo que se refiere a interrogatorios policiales, y aunque no me han arrestado ni detenido, según dice el inspector Manning, no me la quiero jugar. Sea lo que sea este asunto, entiendo que creen que estoy relacionado con la víctima de un asesinato, así que hasta que no sepa algo más, quiero estar en presencia de alguien que me pueda aconsejar.

Se me intensifican las palpitaciones en el pecho al llegar a comisaría.

Un viento frío azota el espacio a la intemperie mientras los tres andamos desde donde el agente Walters ha estacionado su vehículo hasta la entrada de la comisaría. Tiemblo y me maldigo por no haber cogido un abrigo antes de salir de casa: tuve que dejar la chaqueta del traje en mi coche. Me cruzo de brazos firmemente mientras camino, frenando al darme cuenta de que voy demasiado por delante de los detectives. No tengo *tantas* ganas de entrar. Si me siento congelado ahora, imagino que será peor cuando empiecen conmigo.

«No llegues a conclusiones precipitadas: no estás arrestado».

Mi mente revolotea cuando trato de predecir el quién, el qué, y el dónde. Me indican una pequeña habitación en el interior de la comisaría y me dicen que tome asiento y espere. Esa clase de tácticas para retrasarlo todo se utilizan para ponerlo a uno nervioso. Tenso. Para provocar que se te dispare la adrenalina por el cuerpo y sudas, pensando en lo que está por llegar.

Tal vez esté pensando demasiado. Confío, contra toda esperanza, en que sea verdad que solo quieren hacerme un par de preguntas sobre alguien a quien no he visto desde hace una eternidad; o mejor todavía, sobre alguien con quien ni siquiera me he llegado a cruzar. Tal vez ni siquiera conozca a la persona. A la víctima. Puede que solo exista una vaga conexión, como que vamos al mismo gimnasio, o que sea un antiguo cliente de banca que tuve. Sí, debe de ser eso.

Inspiro lenta y largamente, intentando tranquilizarme.

No quiero parecer culpable antes incluso de que abra la boca.

Mi mente se pierde buscando el rostro de Beth cuando la dejé con los detectives. Su boca totalmente abierta, y su hermoso rostro con forma de corazón, pálido.

Parecía que tuviera miedo. Como si tuviera motivos para ello.

No es la primera vez que entro en una comisaría, pero sí es la primera vez que se me interroga en relación con un asesinato.

Aprieto los puños bajo la mesa rectangular. Mi anillo de casado se clava en la carne de los dedos contiguos. Deseo que se me relajen las manos de nuevo, saco los brazos de debajo de la mesa y los dejo reposando ante mí. Daré menos impresión de estrés si lo hago. Cierro los ojos ligeramente, apartando de la mirada los muros de color amarillo apagado y sin ventanas. Este cuarto es claustrofóbico, no pasa el aire, y eso sin que haya aquí otros cuerpos. ¿Por qué no pueden hacerme esas preguntas en la tranquilidad de mi casa, por el amor de Dios?

«Porque es algo malo», responde la voz en mi cabeza.

Ay, Dios. ¿Qué va a pasar?

Mis ojos se abren de golpe cuando escucho la puerta.

Supongo que estoy a punto de descubrirlo.

Capítulo 5

Beth

Ahora

El colchón se hunde, moviendo mi cuerpo apenas un poquito, pero lo bastante para que me despierte; ha sido un sueño ligero.

–¿Tom? ¿Qué hora es? –Me incorporo, parpadeando con rapidez.

–Chiss... No te preocupes, vuélvete a dormir, mi amor –me dice.

Oscila las piernas bajo el edredón y se acurruca junto a mí. Su piel está fría en contacto con la mía y tiemblo.

–Disculpa, Beth. –Me susurra a la nuca.

–¿Que te disculpe por estar frío?

–No. Ya sabes qué quiero decir. Siento lo de esta noche, por mi retraso y luego... bueno, todo lo demás.

–¿Ya está todo resuelto? –El cansancio me ha consumido. Mi voz es un murmullo.

–Ya hablaremos por la mañana.

–Nunca tenemos tiempo para hacerlo –digo, aturdida.

–Bueno, ya está. Ahora no te preocupes más.

Que me digan que no me preocupe por algo tiende a producir el efecto contrario.

–Hablemos ahora –digo, impulsándome con el codo y mirando a Tom. La luz de la luna se introduce en el cuarto a través de un espacio entre las cortinas, pero no basta para hacer visibles sus rasgos. Me doy la vuelta y enciendo la lámpara de la mesita.

–¡Ay, Beth! Ahora no. –Se tapa los ojos.

–Tiene que ser ahora. Mañana hay demasiado que hacer. He de empezar con los preparativos para una fiesta de cumpleaños,

y luego recoger a Poppy en la guardería y llevármela de nuevo conmigo, porque la fiesta empieza a las cuatro...

–Ya es mañana –gruñe, cortándome en seco–. Tendremos tiempo por la noche. Ahora trata de tranquilizarte y descansa. –Se vuelve para darme la espalda.

–No, Tom. Siéntate, por favor. Necesito saber qué ha pasado en comisaría –le suplico–. ¿Pudiste ayudarlos con su investigación? ¿Por quién te preguntaban? ¿Alguien a quien conoces? Por favor, dime que no es nada malo.

Cede, resoplando, mientras coloca las almohadas contra el cabezal y apoya la espalda en ellas. Oigo una larga bocanada de aire que emerge de su nariz. Me late fuerte el pulso en el cuello esperando que me responda.

–Era acerca de Katie –dice, simplemente.

–Mierda. –No hace falta que diga más que su nombre de pila. Sé quién es. Katie Williams fue la novia de Tom justo antes de conocerme a mí. Por lo que se tenía constancia, se había ido a dar la vuelta al mundo, o algo parecido. Sabía que le rompió el corazón a Tom; él mismo me lo dijo durante nuestra primera cita. Pero solo habíamos vuelto a hablar de ella una vez más. Tom no se recrea en el pasado. «Hay que mirar adelante», dice siempre.

–Sí. Mierda. –Baja la cabeza, la barbilla casi le toca el pecho. Me acerco a él, dejando un brazo sobre su estómago y acaricio el vello alrededor de su ombligo.

–Vale. Es muy fuerte. ¿Dónde la han encontrado?

–Ah, no –dice Tom, sacudiendo la cabeza–. No lo han hecho. Solamente sospechan que le ha pasado algo.

–Bueno, eso está bien, entonces –digo con un optimismo que me llena la voz.

–Puede ser.

–Querían hablar contigo solamente porque eres un ex. ¿Te han preguntado si has hablado con ella recientemente?

–Ese tipo de cosas, sí.

–Por lo tanto no les has sido de mucha ayuda, entonces. Ya que no lo has hecho.

–Exacto. Así pues, no hay nada de qué preocuparse. He cumpli-

do mi parte. Ahora duérmete, Beth. Estarás hecha polvo cuando suene el despertador.

–Siempre estoy hecha polvo. Así estoy por defecto –digo, esbozando una sonrisa.

–Mañana acabamos de hablarlo.

De momento estoy satisfecha. Apago el interruptor de la luz, me escurro entre las sábanas y abrazo la cintura de Tom. Quiero que sepa que estoy ahí, la esposa comprensiva. Sin embargo, mi mente no quiere tranquilizarse y se desboca, pensando en todo cuanto sé acerca de Katie, que no es muchísimo. Salió con Tom poco antes de aparecer yo, y estuvo loca por él. Pasaban todo su tiempo libre juntos.

Pienso en lo encantador que era Tom; lo poco que me costó caer bajo su hechizo. Y cómo seguí hechizada por él. Katie solo duró seis meses. Él estaba quemado, me dijo. Ella cambió, quería algo diferente.

Tenía que casarme con él. Tener un bebé con él.

Siempre lo he considerado el hombre adecuado.

Capítulo 6

Beth

Ahora

Oigo los chorros de agua contra la mampara de la ducha y lentamente me vuelvo hacia el baño contiguo al cuarto. Tom se ha dejado la puerta abierta, como siempre, y lo veo a través del cristal. El gel forma espuma sobre su torso, el champú le va cayendo de la cabeza. Lo miro con atención, planteándome todo el tiempo qué le preguntaría exactamente anoche el inspector Manning, y cómo respondería Tom. Aparentaba calma cuando se metió en la cama, así que tal vez ya esté resuelto. Aparto de él mi mirada y, en lugar de intentar volverme a dormir, me pongo en pie.

Tenía razón: estoy hecha polvo. Descubro ojeras oscuras cuando me miro en el espejo del armario. Voy a necesitar una buena dosis de base y maquillaje para taparlas, y un tanque de café para reanimarme. Me espera un día completo y aguantar una fiesta infantil. No es hasta las cuatro, y será solo para diez personas –un puñado de niños de tres y cuatro años y sus padres–, pero de todos modos me llevará tiempo prepararla, y sé que la sesión de una hora parecerá que dure el doble. No estaba segura de decir que sí a la madre, Sally, cuando me pidió reservar. Los niños más pequeños normalmente son los más difíciles de atender: su capacidad de concentración suele ser escasa; les cuesta quedarse en una silla más de cinco minutos. Iba a decir que no, pero mencionó que Jess vendría con Adam y una punzada de culpa transformó mi «no» en un «sí, por supuesto». ¿Cómo podía negarme al saber que vendrían?

Los pasos de Poppy apenas suenan en el rellano.

–Hola, pequeñita –le digo, aupándola. Me estruja con sus brazos regordetes–. ¿Y cómo has dormido?

–He dormido mucho, mami –me sonrío satisfecha, y de repente frunce el entrecejo–, pero papá se portó mal.

–¿Ah, sí, cómo es eso? –lo veo venir.

–Sí –dice entre pucheros–, no me dio el beso de buenas noches.

La mampara de la ducha cruje, y al cabo de un instante, Tom sale con una toalla que le cubre la mitad inferior del cuerpo.

–¡Lo siento, Poppy, peque! Qué tonto es papá, ¿verdad? –dice él con una mueca, yendo a recibirla con los brazos extendidos.

Ella ríe cuando le caen gotas de la ducha encima.

–¡Paaaapi! –grita, escondiéndose detrás de mí.

–Deja que me seque y me vista, y entonces te daré el mayor abrazo de oso del mundo para compensarte, ¿vale?

–Vaaale –dice ella, saliendo de la habitación corriendo–. Voy a buscar el desayuno, mami.

–¡Bajo en un segundo! –le grito–. Espérame a la mesa.

–Sé que quieres ir al grano, Beth, pero ahora casi no tenemos tiempo. Mira, te lo cuento con todo detalle más tarde, cuando vuelva, ¿vale?

–No soy Poppy. No me hables como si fuera una cría, Tom.

–Cariño. –Se sienta a mi lado en la cama, cogiendo mi mano en la suya–. No lo estoy haciendo. Lo hablamos, pero sé que tus mañanas son muy agitadas. Francamente no hay mucho que contar. Y, de verdad, no hay de qué preocuparse.

–¿En serio? ¿Nada? –Yo misma noto la incredulidad en mi tono. Tom se pone derecho y se aparta de mí.

–Nada de lo que tú tengas que preocuparte –repite, con los ojos fríos y serios–. Como dijo Manning, fueron un par de preguntas.

–Muy bien –suelto aire larga y lentamente, pero no logro quitar-me la inquietud de encima. Ni la incomodidad de no creérmelo.

Damos un paseo lento hasta la guardería. Poppy se detiene cada pocos pasos para admirar algo que ha visto: un gato atigrado, las flores de un jardín, un caracol en alguna pared. Nos cruzamos con Shirley Irish, del pub, que me pregunta por el grupo de lectura.

–Me sorprendió ver tu cartel cuando entré a buscar mi pedido anoche –dice, arrugando la nariz puntiaguda como si le hubiera llegado un hedor desagradable.

–¿En serio? Quién iba a decir que un grupo de lectura sería algo sorprendente en una comunidad como la nuestra, señora Irish –le digo, frívolamente. Siempre la llamo «Señora Irish» a la cara, por algún motivo, aunque insiste en que la llame Shirley.

–Bueno, ya. Pero ¿recuerdas que era el grupo de Camilla Knight antes, verdad?

Me mordisqueo el interior del labio para evitar decir «no creo que a ella le importara ahora. No es que se vaya a enterar precisamente». En lugar de eso, sonrío y le digo que pensé que sería un guiño simpático a Camilla, y que le habría gustado saber que la gente de aquí mantenía algo que ella empezó. Shirley sacudé la cabeza varias veces, y su pelo negro y fino se mueve a ambos lados de la cara, aparentemente dándome la razón, y escapo mientras puedo. ¿Se oponen todos a que vuelva a iniciar el grupo?

–Creía que no llegaba esta mañana –digo al entrar en la cafetería.

–Empezaba a preguntarme si había pasado algo malo –dice Lucy.

–Ah, no. Nada malo –digo rápidamente, demasiado –. Solo que Poppy iba a paso de procesión y luego nos hemos cruzado con Shirley, la del pub.

–Suerte que has podido huir, entonces. Cuando te pillan no te suelta, ¿verdad?

El comentario de Lucy me hace reír. No se equivoca. De camino a guardar mis cosas en el cuarto trasero, mi mirada se posa en el cartel del grupo de lectura. Lo quito. No por lo que haya dicho Shirley –estoy decidida a seguir adelante, diga ella lo que diga–, sino porque no me gustaría para nada que Adam lo viera y pensara mal de mí por haberme apropiado del grupo de Camilla. Ella fue quien lo empezó, y lo estuvo dirigiendo unos cuantos años. Al mudarnos aquí, cuando abrí El Local de Poppy, entró un día, con su melena dorada cayéndole sobre los hombros como miel lustrosa y su silueta delgada envuelta en mallas ajustadas y una camiseta de leopardo, y me preguntó si podía usar mi local un miércoles al

mes para que se juntara su grupo de lectura. Normalmente tenía lugar en su casa, me dijo, pero ahora se había apuntado más gente y había alcanzado un nivel de alboroto que era un problema para el sueño de su hija de un año.

Siempre albergué alguna esperanza de que me invitara a leer el libro que había elegido, a sentarme con las otras Madres Monas y debatir sobre qué les había parecido. Al revés: me mantuve en su periferia dos horas al mes, sirviendo bebidas y pasteles. Escuchaba sus chismes y lo que pasaba en sus vidas. Me hizo abrir los ojos; no tenía ni idea de que pasaran tantas cosas en un sitio tan pequeño.

Y aun así, Camilla no me aceptaba en su círculo íntimo. La única vez que congeniamos fue a través de mis recetas de galletas, ya que también le gustaba la pastelería. Parece que haya pasado una vida entera desde aquello.

–¿Les dejarás elegir las figuras? –dice Lucy.

–¡Ah! Ejem... no. –Guardo el cartel bajo el mostrador–. Creo que solo las medianas con forma de animales. Gracias, Lucy.

–De acuerdo –dice.

Mientras se dirige a la parte trasera, oigo que empieza a cantar. Sonrío, pero luego una nube se posa sobre mí. Ayer fue un día tan normal: feliz, despreocupado. Hoy todo es distinto. Siento una pesadumbre que se instala en mi interior, al acecho. La sensación de que algo malo está por llegar.

El tiempo va pasando deprisa hasta las cuatro, y me alegro de haber reservado la mayor parte de la preparación por la mañana, ya que ha sido un día ocupado y he tardado más de media hora en recoger a Poppy, desviándome un poco a mi casa en busca de más pasteles. No podría estar más orgullosa de que El Local de Poppy haya empezado aquí con tan buen pie. Para ser yo una recién llegada a una comunidad tan unida, se han volcado en darme apoyo a mí y a la cafetería. Observo los pasteles recién horneados, las magdalenas y galletas dispuestas en el escaparate de cristal al lado de la barra. Tienen un aspecto y un olor deliciosos. Algunos me los traen de fuera, pero muchos de ellos los hago yo en casa. Es mi pasión, y es un puntazo compaginar la pastelería con Poppy,

que se apunta a veces también a cocinar. He disfrutado haciendo experimentos con recetas nuevas y a Poppy le encanta ser mi catadora oficial. La reacción ha sido estupenda: incluso he oído a alguien decir que hago las mejores galletas que ha probado en su vida. Tom se puso a reír cuando se lo conté. Dijo que cuando nos conocimos jamás se habría imaginado que yo me volvería tan casera y clásica. Nunca tengo claro si es un cumplido o una indirecta, pero, sea una cosa o lo contrario, estar aquí y llevar la cafetería me satisface y me hace feliz como nunca hasta el momento.

Poppy se ha comportado como un angelito esperando a que lleguen los niños, sentándose con paciencia a la mesa más cercana a la barra, jugando con las piezas de servir café que le compré porque quería ser como mamá. Por suerte, Sally la invitó a la fiesta de Molly, así que al menos no he tenido que buscarme una canguro.

Las figuras de animales de arcilla cruda están listas para que los niños y sus padres las elijan; se han preparado las ocho mesas acompañadas de pintura de distintos colores. Hay globos coloridos y brillantes esparcidos por la cafetería, además de carteles que exclaman «feliz cumpleaños» en las paredes. Echo un vistazo a Lucy, que se ha colocado el pañuelo en su sitio y lleva su delantal. Me siento como si aguardáramos una invasión.

–Todas a punto –anuncia Lucy.

–Genial. Y muchísimas gracias por todo lo que has hecho, como siempre. Estaba pensando que en una hora, más o menos, ya estaremos, y podrás ir a relajarte con Oscar –le digo.

–Ah, pero si estoy muy a gusto, ya lo sabes. Me encuentro en mi salsa con los niños. Además, Oscar trabaja esta noche hasta tarde... Tiene que acabar de arreglar no sé qué coche, y llevar otro a algún sitio, y luego coger el tren de vuelta –dice Lucy, haciendo gestos con desdén-. Quien sabe a qué hora va hacer acto de presencia.

Lucy no es muy de coches. Nunca ha tenido uno: prefiere embalsarse por el pueblo con su leal bici oxidada o usar el transporte público. Los mecánicos le resultan un misterio y a menudo me dice que se va a dormir escuchando a su novio dándole que te pegó al tema. Me parece bastante gracioso, aunque puede que Oscar no lo vea igual.

–Ay, el placer de ser tu propio jefe, ¿verdad? Me siento identificada –le digo–. Hizo bien al quedarse el garaje de su padre, Lucy. No le debe de haber sido fácil.

–No, lo echa mucho de menos. Pero se ha esforzado mucho sin que le ayudaran demasiado. Su padre estaría orgulloso.

–Claro que lo estaría, cariño –le digo, serenándola. Luego me dispongo a lucir una gran sonrisa y abro la puerta para recibir a la cumpleañera.

La tranquilidad de la cafetería explota: una bomba de ruido de niños ensordecedores y padres que compiten con ellos en busca de atención. Hacen el ruido de un grupo de veinte, y no la mitad. Me lleva unos quince minutos hacer que todo el mundo vaya a una mesa con sus animales. Hago un recuento rápido: un niño ha faltado. Adam y Jess no han llegado todavía, tal vez lo hayan cancelado. Le pregunto a Sally si están todos.

–Oh... hum... En realidad, no. Falta una. Jess y su padre todavía no han llegado –dice, y sus ojos revolotean por la cafetería.

Levanta el brazo y de repente saluda a alguien detrás de mí, y me giro para ver que Adam está entrando con Jess. Se ve diminuta: mucho más pequeña que otros críos de su edad, por lo que le resulta más fácil no perder su posición, oculta entre las piernas de su padre, apretándolo con fuerza. Este intenta sacársela de encima para poder dirigirse a una mesa, pero ella se agarra a él, desesperada. Sally abandona su silla de un salto y se agacha a su altura para que lo suelte, sin éxito. Cuando Sally vuelve a su asiento, al lado de Molly, descubro un gato blanco de juguete que Jess sujeta bajo el brazo, con lo que tengo excusa para hablarle.

–Veo que tu animal favorito es el gato, Jess –le digo–. Hay un gato muy especial que te está esperando ahí, ¿quieres verlo?

Jess mira a su alrededor desde detrás de Adam y saca el cuello para ver lo que le señalo. Le ofrezco la mano y tímidamente me la coge. Adam me sonríe mientras la dirijo a las galletas, y Jess escoge su gato.

–Gracias, te has portado muy bien con ella –dice Adam cuando toman asiento y están listos para empezar. Arrastro una silla y me siento junto a él.

–Debéis de llevar una temporada complicada, los dos... No debe de ser fácil acostumbrarse.

–No, no lo es. –Baja la mirada, sin impedir que vea lágrimas en sus ojos–. Te sorprendería la de gente que cree que deberíamos haberlo superado y pasado página porque ya hace un año. Si te digo la verdad, supongo que lo hemos hecho, hasta cierto punto. Vuelvo a trabajar en la oficina a media jornada... puedo hacer bastante desde casa y pasar más tiempo con Jess. Pero, sinceramente –hace una pausa, como si meditara si puede hacerme confidencias–, a veces me hace falta estar con otros adultos, ¿sabes? Es lo que me mantiene cuerdo. Haga lo que haga, tengo la impresión de hacerlo todo mal...

Se le quiebra la voz, y tose como si se la aclarase para disimular. Tengo ganas de verdad de poner mi mano sobre la suya, o algo así, para demostrarle que empatizo, pero es la primera vez que hablo con él seriamente, de modo que no parece adecuado.

Lo que hago es preguntarle acerca de Jess: cómo le está yendo en la guardería, qué le gusta hacer, cómo consigue él trabajar y cuidarla a la vez. No sé cómo, termino proponiendo que ella venga a merendar la semana que viene.

–¿En serio? Sí, sería fantástico. Le conviene mezclarse más con niños de su edad que no sean de la guardería. Es bastante tímida.

–Ah, Poppy es igual. ¡El favor me lo estarías haciendo tú *a mí!* –sonríó–. Paso tanto tiempo aquí, procurando que el negocio marche bien, que me temo que no me dedico lo suficiente a ella.

–Bah, seguro que no es así. Debes de ser un modelo a seguir para ella. Y apuesto que le dedicas muy buenos ratos cuando no estás aquí.

Me pregunto si lo dice por ser amable, pero me mira directo a los ojos y me dedica una sonrisa que parece sincera.

–Me encanta estar con ella. Ser madre es el mejor trabajo del mundo –Al decirlo se me cae el alma a los pies. Ay Dios–. Quie... quiero decir.

–Está bien, Beth. De verdad. Ser padre o madre es el mejor trabajo, no hace falta que te sientas mal por mí.

–A veces no pienso antes de abrir la boca –digo, sonrojada.

Se ríe.

—¿Sabes que hay gente que huye de mí como de la peste? Ahora mismo, incluso. No saben qué decir. Les resulta violento, así que son amables al decirme «buenos días», o bien «¿qué tal todo?». Pero entran en pánico si respondo con más de una frase. —Acerca su cabeza a la mía y susurra, conspirador—: Me sorprende que nos hayan invitado a esta fiesta, la verdad. ¡Sinceramente me alegro de que me estés hablando! Haz el favor de no preocuparte por si dices algo. Te aseguro que no me voy a ofender.

—Vale, eso es bueno —sonrío, tranquilizada, al levantarme de la mesa—. Bueno... Os dejo tranquilos a ti y a Jess para que pintéis. ¡Parece que tu gato será el más colorido que haya visto en mi vida! —Sonrío a Jess—. Mejor será que vea cómo les va a los demás.

Voy de mesa en mesa, contenta de haber hablado con Adam. Debe de estar muy solo. Puede que juntar a Poppy con Jess nos beneficie a los dos.

Cuando se acercan las cinco, se me empieza a formar un nudo en la tripa, pensando en volver a casa. Ahora que la fiesta casi llega a su fin, me puedo permitir pensar en la investigación del crimen. Pronto voy a poder hablar con Tom de una vez. No sé cómo funcionan esas cosas, ya que no han encontrado ningún cuerpo, pero si lo están enfocando como un asesinato, debe de ser que disponen de suficientes pruebas que apuntan a ello.

Pobre Katie.

No se me ocurre por qué creen que Tom podría ayudarles, en cualquier caso. Aunque por la mañana parecía estar bien, debe de haber quedado desconcertado tras presentarse la policía en casa.

—Te agradezco mucho que nos hayas dejado celebrar aquí la fiesta —dice Sally, apretándome el brazo—. Molly se lo ha pasado muy bien, y yo también. Me encantaría venir por mi cuenta un día de estos, la verdad, y hacer algo más... ¡de adultos!

—Bueno, serás más que bienvenida, claro. ¡Y me alegro de que a Molly le haya gustado la fiesta, ha sido divertido! Y lo digo con sinceridad, porque no me lo esperaba. Estoy totalmente agotada, pero tengo que decir que no ha sido tan estresante como me imaginaba.

El estrés está todavía por llegar.

Capítulo 7

Beth

Ahora

El coche de Tom está aparcado en el callejón que conduce a la casa. Me induce a emociones contradictorias. Agradezco que esté en casa a la hora pero, aun así, despierta en mí una oleada de náuseas de antemano. Respiro profundamente varias veces y abro la puerta delantera.

Al instante intuyo un problema. La casa está en silencio.

Tom no está.

–¿Papá? –grita Poppy, corriendo hacia el salón, de nuevo fuera, y luego a la cocina, en su busca. Por un instante, me quedo inmóvil, con la mente hecha un lío. Su coche está. Él, no. Compruebo el móvil. Si Tom pensaba salir, está claro que me habría mandado un mensaje, ¿verdad? Hay una llamada perdida de un número desconocido, pero cero mensajes nuevos.

–Puede que se haya ido a correr –le insinúa a Poppy cuando se vuelve insegura hacia mí. ¿Y por qué no? Como no estábamos en casa, en lugar de perder el tiempo sentado él solo, puede que haya aprovechado esta rara circunstancia para salir a correr. Solía hacerlo de forma regular pero, con lo ocupados que estamos, prefiere pasar tiempo con Poppy el rato antes de dormir.

–Volverá en un momento –dice, con resignación.

–Sí, eso espero, cariño. ¿Vamos a merendar, vale?

Dejando la bolsa sobre la mesa del pasillo, veo el destello rojo del contestador automático. Pulso «reproducir».

–No quiero que te dejes llevar por el pánico, Beth... –La voz de Tom inunda el pasillo, tan alta que se distorsiona. El eco rebota en las paredes. Doy toquécitos rápidamente al botón de bajar el

volumen, mientras me bombea la sangre en los oídos— Disculpa. Me han vuelto a llevar a comisaría. Puede que esta vez tarde un poco más. No te preocupes, tengo a mi abogado aquí conmigo. Volveré a llamar en cuanto pueda —dice.

Me da la impresión de que ha terminado, pero luego oigo un suspiro, seguido de las siguientes palabras:

—Te quiero, Beth. —La conexión se corta.

Me pesan las piernas y los brazos. No puedo moverme. ¿Qué se supone que tengo que hacer? Me pregunta si debería llamar a la comisaría. O al abogado de Tom. Aunque si está con Tom tampoco me servirá para dilucidar nada.

Dios mío.

Los policías evidentemente vinieron hasta la casa para llevárselo, ya que el coche de Tom está aquí. ¿Lo habrán visto los vecinos?

Un escalofrío me recorre la espalda.

Siento que deliro.

Necesito llamar a alguien. Hacer algo. Pero, aparte de Tom, no tengo a nadie a quien dirigirme ni en quien buscar apoyo. ¿Cómo he dejado que esto me suceda? He estado demasiado ocupada montando la cafetería. Demasiado ocupada con Poppy. Demasiado ocupada haciendo de esposa. Tom siempre decía que los amigos están sobrevalorados y que nos distraerían del otro. Tengo a Lucy y a las madres del grupo de la guardería al alcance de mi mano, pero no me siento con la confianza para buscarlas ahora mismo.

La voz de Tom resuena en mi mente:

«Solo nos necesitamos el uno al otro, Beth. Es lo único que importa».

Pero Tom no está aquí. Y, de repente, me doy cuenta de que no tenía razón.

Yo sí necesito a otra gente.

Solo que ahora no hay nadie. Estoy en esto sola.

Capítulo 8

Tom

Ahora

Supé desde el principio que llamar a Maxwell sería la decisión correcta: a pesar, incluso, de que el inspector Manning y el agente Walters solo querían hacerme «un par de preguntas». Al menos se ha puesto al tanto de todo y ya conoce la situación ahora que me han devuelto aquí. No utilicé la vía del «sin comentarios» durante el primer interrogatorio, ya que no hacía falta. Unas cuantas preguntas sencillas para «obtener un retrato de Katie»; eso es lo que buscaban, dijeron. ¿Por qué decidiría alguien ofrecer como respuesta «sin comentarios», dado el caso? Del modo en que lo veo, conlleva culpabilizarse al instante. He visto documentales policiales de *real-crime* y... cómo me saca de mis casillas, por Dios, cuando el interrogado murmura «sin comentarios» cada cinco segundos. Me tengo que controlar para no tirar el mando a la pantalla de la tele. Sin duda doy mejor impresión si respondo abiertamente a sus preguntas.

Si perciben que estoy cooperando tal vez empiecen a buscar en otras partes.

Con todo, este es mi segundo interrogatorio y, ya que ahora parecen mucho más serios que antes, estoy pensando en abordarlo con el «derecho a guardar silencio». No hay duda de que Maxwell me lo aconsejará también porque... ¿Qué pasa si digo algo en falso? ¿Si me autoinvolucro de algún modo? Si no entro en el juego, al menos no me pueden atrapar. Porque esto es lo que parece. Una trampa dispuesta con mucho cuidado. Atraparme con preguntas ligeras, adormecerme para inducir a una falsa certidumbre, haciéndome creer que he cumplido con mi parte para ayudarlos... Y entonces, ¡bam! La mano dura.

¿Qué es lo que creen saber?

No pueden saber nada. No hay nada que saber.

Si me repito esto lo bastante para mis adentros, existe la posibilidad de que me lo crea.

Fui demasiado idiota al no hablar con Beth cuando ella quiso. Dejarlo para esta noche ha sido un craso error, y ahora es demasiado tarde para arreglarlo. Tan solo he logrado dejarle un mensaje corto en el contestador de casa. Apuesto a que ellos hablarán con ella antes que yo.

—¿Está acusando de algún delito a mi cliente, inspector Manning? —pregunta Maxwell.

Está sentado junto a mí, informal, pero con la gran autoridad que le confieren su traje plateado hecho a su justa medida y el pelo cobrizo, atentamente engominado. Su voz es tranquila, firme, segura. Es del rollo franco, sin tonterías, de «déjalo en mi manos». Vale hasta el último penique que le voy a pagar. Con suerte, esta va a ser la última vez que necesitaré sus servicios.

—Como usted sabe, su cliente admite que tuvo una relación con Katie Williams, residente de Bethnal Green, en Londres, justo antes de su desaparición. Aparte, tenemos pruebas que sugieren que puede haber tenido algo que ver con la misma. Esto convierte al señor Hardcastle en un presunto implicado.

Mi seguridad se desvanece.

Es la primera vez que el inspector Manning lo ha mencionado, y mi reacción instintiva es mala. Tengo conciencia de las voces que siguen sonando a mi alrededor; Maxwell consulta algo acerca de la divulgación de las pruebas y el detective le responde, pero las palabras se ralentizan, es como si se distorsionaran en una mezcla borrosa; no logro descifrar ninguna de ellas. Una sensación repentina de encontrarme en plena mar embravecida me llena la boca de saliva.

—Voy a necesitar una pausa para ir al lavabo. Ya mismo —digo, seguido de una arcada.

Maxwell deja de hablar y da un respingo mientras lo hago a un lado. Manning, a continuación, aparta su silla, se levanta y me conduce a los aseos. Abre la puerta y me deja entrar.

–Me quedaré aquí afuera –dice, como si imaginase que me fuera a largar. Asiento rápidamente y corro hasta el cubículo donde vierto el contenido de mi estómago sobre el líquido amarillento y maloliente de la taza.

Sospechoso.

Después de tantos años.